



CAMILLA  
LÄCKBERG

HENRIK  
FEXEUS

EL  
ESPEJISMO

TODAVÍA NO HAS VISTO NADA

CAMILLA LÄCKBERG  
Y HENRIK FEXEUS

# EL ESPEJISMO

Traducción de Claudia Conde

## QUEDAN CATORCE DÍAS

Niklas comía sin prisa, contemplando a su familia al otro lado de la mesa. Todavía estaban a 17 de diciembre y parecía un poco pronto para poner la decoración navideña, pero su hija había decidido empezar ya. Por eso había duendes de porcelana blanca sobre el mantel y el cálido resplandor de las luces de Navidad iluminaba el ambiente. Había pensado que un árbol difícilmente sobreviviría hasta la Nochebuena dentro del apartamento, y por esa razón había colgado de la lámpara una guía de luces, como iluminación principal.

Su hija se había puesto un jersey de punto con lucecitas rojas y verdes que se encendían y apagaban, y él había elegido para la ocasión una corbata roja. Por supuesto, su traje era gris ceniza, como siempre. También para las extravagancias tiene que haber un límite.

Se llevó el tenedor a la boca con un nuevo bocado: un trozo de piña a la parrilla, glaseada con jengibre, guindilla y miel. En realidad, no era partidario de la fruta como ingrediente de un plato principal, pero a su hija le encantaba la piña. Seguramente la preferiría al jugoso solomillo de buey. Bueno, más para él.

Las otras dos personas estaban tan concentradas en la comida como Niklas y no parecían advertir que las estaba observando. Mejor así. Se le debía de haber puesto una expresión un poco tonta, pero no podía evitarlo. Se sentía, a falta de una ma-

nera mejor de expresarlo, satisfecho. Era una sensación nueva, que al fin y al cabo no le había costado tanto conseguir.

No le había hecho falta una brillante carrera profesional, aunque de hecho la tenía.

Ni tampoco un espacioso apartamento en Linnégatan, en el selecto distrito de Östermalm, aunque le resultaba muy agradable vivir allí con su hija.

Había bastado con que los tres se sentaran en torno a la mesa.

El atentado fallido que había sufrido seis meses antes, y que había acaparado los titulares de la prensa vespertina, era cosa del pasado. Ahora tenía más medidas de seguridad, desde luego. Probablemente se las mantendrían otros seis meses, hasta que su jefa recuperara la calma. Pero estaba tan acostumbrado a llevar escolta que ya consideraba a los guardias parte de la familia.

La familia.

Lo que hacía que todo tuviera sentido. Su hija tenía dieciséis años. Iba camino de convertirse en mujer, y él estaba convencido de haber desempeñado bien su papel de enseñarle el mundo. Algunas veces la niña se volvía contra él y le decía que lo odiaba, sí, pero eso formaba parte de la adolescencia. Frente a él estaba sentada su exmujer. Si alguien le hubiera dicho seis meses antes que iban a ser capaces de cenar juntos tranquilamente, no lo habría creído. Ni en sueños. Pero el tópico era cierto. El tiempo curaba todas las heridas. Y ahora estaban reunidos como una familia moderna, compartiendo una prematura cena de Navidad. Sin odiarse. Incluso se habían intercambiado regalos.

De repente se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que mirar por la ventana, para que nadie notara que se le habían humedecido los ojos. La nieve caía tranquila y pausada en la oscuridad exterior. El mundo parecía una postal. Y lo mismo podía

decirse de su vida en ese instante. Por primera vez en muchos años, se le había aliviado la tensión de los hombros y su perenne dolor de cabeza había desaparecido.

Un zumbido procedente del pasillo le indicó que alguien estaba llamando al timbre de la puerta. Su hija levantó la vista del plato, sorprendida.

—¿Quién puede ser? —dijo—. Es sábado. Recuerda lo que has prometido: nada de trabajo durante la cena de Navidad.

—No tengo ni idea —respondió él sinceramente, mientras se levantaba de la silla—. ¿No será para alguna de vosotras?

Su exmujer y su hija negaron con la cabeza.

Entonces Niklas salió al pasillo y se dirigió a la puerta principal.

—¡Si has contratado a un Papá Noel, te arrepentirás! —le gritó su hija desde el comedor.

La persona que esperaba al otro lado de la puerta, quienquiera que fuese, tenía que haber pasado el riguroso control de seguridad de los guardias apostados en la calle. Además, el hecho de que no lo hubieran llamado para prevenirlo de su llegada significaba que no necesitaba prepararse para recibir al visitante. La pantalla instalada sobre la puerta le permitió ver a la persona en cuestión: un hombre con nieve en los hombros, casco de ciclista y chaqueta con una estrella roja en el pecho. El logo de la empresa de mensajería No Solo Correo. Eso lo explicaba todo.

—¿Sí? —dijo Niklas, abriendo la puerta.

—¿Niklas Stockenberg? —preguntó el hombre, que aún no había recuperado el aliento, mientras le tendía un pequeño sobre negro—. Aquí tiene. Carta para usted.

El sobre no llevaba nada escrito. Frunciendo el ceño, Niklas lo cogió y le dio la vuelta. Tampoco había nada del otro lado.

—¿Quién lo envía?

Pero el hombre ya se había ido. Había echado a correr escaleras abajo en cuanto le había dado el sobre. Probablemente se le estaría haciendo tarde para su siguiente entrega.

Niklas cerró la puerta y abrió el sobre. Dentro había una tarjeta blanca. Al sacarla, observó que era una tarjeta de visita, de las más elegantes. Pero no llevaba impreso ningún nombre, sino únicamente una especie de número: un ocho grande, representado como un recipiente lleno hasta la mitad. Debajo, un teléfono. Por lo demás, la tarjeta estaba en blanco.

Niklas frunció el ceño. No conocía el símbolo y el número de teléfono no le resultaba familiar, pero su intuición le reveló de inmediato de qué se trataba. Era un mensaje que desde hacía muchos años sabía que recibiría, aunque esperaba no tener que ver nunca. Había rechazado la idea y la había expulsado de su vida. No estaba preparado.

Por supuesto, también podía ser publicidad.

Solo había una manera de averiguarlo. Sacó el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta y llamó al número que figuraba en la tarjeta. Le temblaban las manos.

Después de tres tonos, le contestó una voz femenina en una grabación.

*—Hola, Niklas Stockenberg. Esperamos que haya quedado satisfecho con nuestros servicios durante este periodo, que ahora finaliza. Le quedan... catorce días... una hora... y... doce minutos... de vida.*

Apretó con fuerza el teléfono en la mano, como para destruir el mensaje. Sentía el corazón en la garganta y el aire ya no le llegaba a los pulmones. La habitación comenzó a dar vueltas a su alrededor y tuvo que apoyar una mano en la pared para no desmoronarse.

Oía risas desde la cocina. Su hija y su exmujer debían de haber encontrado algo divertido.

Cayó de rodillas sobre la alfombra del recibidor. Por fortuna, había comprado una alfombra cara y bastante mullida, porque de lo contrario habría podido hacerse bastante daño. Cerró los ojos e intentó concentrarse. Sabía desde hacía mucho tiempo que ese día llegaría, pero se había negado a aceptarlo. Quería creer que se salvaría.

¡Había pasado tanto tiempo!

—Papá, ¿dónde te has metido? —le gritó su hija—. Te advierto que si te estás poniendo un disfraz de Papá Noel, llamaré a los periódicos.

Niklas volvió a apoyarse en la pared y se incorporó lentamente. Carraspeó varias veces y trató de respirar hondo y llenarse de aire los pulmones, para no temblar demasiado. Solo entonces fue al comedor.

Cuando las dos mujeres sentadas a la mesa lo vieron, dejaron de reír de inmediato.

—¿Quién era? —preguntó su hija, asustada—. Estás pálido. Su exmujer se levantó de la mesa como impulsada por un resorte.

—Ven, siéntate antes de que te caigas —le dijo, mientras lo dirigía hacia una silla y le palpaba la frente.

—No era nadie —respondió él—. Un tipo que se ha equivocado de puerta.

—Estás empapado en sudor. ¿No te estará dando un infarto? ¿Estás tomando alguna medicación? ¿Quieres que llame a una ambulancia? ¡Háblame, Niklas!

Pero él giró la cabeza hacia su hija e intentó sonreírle.

—No es nada, Nathalie —dijo—. Solo me he mareado un poco.

Nathalie miró a su madre con expresión interrogativa. Niklas, por su parte, le quitó a su mujer la mano que le había apoyado sobre el hombro, y la sostuvo entre las suyas durante unos segundos.

—Te lo agradezco, Mina, pero no necesito ninguna ambulancia —dijo—. Se me pasará pronto.

La nieve que veía por la ventana ya no caía tranquila y pausada, sino que formaba un muro frío e implacable, que lo encerraba en una prisión invernal de la que no podría escapar.

No tenía adónde huir.

Dentro de dos semanas estaría muerto. ¡Y aún le quedaban tantas cosas por hacer! Miró a Mina y abrió la boca para decir algo, pero la cerró enseguida. ¿Había hecho por ellas todo lo que estaba en su mano? ¿Había sido un buen padre para Nathalie? ¿Lo echarían de menos? ¿Qué dirían en el trabajo?

Las lucecitas rojas y verdes del jersey de Nathalie se encendían y apagaban con alegre determinación. Niklas no quería morir.

La tarjeta de visita se le cayó de las manos y acabó en el suelo. No la recogió. Dejó escapar un largo suspiro y se pasó una mano por la cara.

Los últimos veinte años habían sido buenos. Incluso muy buenos. Pero, como le había dicho a Mina, todo eso pronto pasaría.

Faltaban solo catorce días, una hora y doce minutos. Aunque probablemente los minutos ya solo eran diez.

Vincent estaba tumbado en el suelo de su camerino en el Teatro Scala de Karlstad. Había apagado la lámpara del techo y solo mantenía encendidas las luces en torno al espejo de maquillaje. Las cálidas bombillas alineadas alrededor del espejo eran uno de los pocos detalles que coincidían con la imagen que la gente suele hacerse del interior de un teatro. Quizá fuera culpa de toda una vida de programación mental por parte del cine de Hollywood, pero a Vincent le encantaban esas bombillas. Le parecían bonitas y románticas.

Hacía una hora que la función había terminado. Los miembros de su equipo estaban muy ocupados en el escenario, que se encontraba un piso más abajo. Tenían que desmontar toda la escenografía, el atrezzo y el voluminoso equipo de iluminación y cargarlo todo en dos grandes camiones. Siempre contaban con personal local para esa tarea, y el director de la gira, Ola Fuchs, era toda una leyenda en el mundo del espectáculo sueco, pero aun así tardaban por lo menos tres horas en terminar de desmontar. El público no sabía que las dos horas del brillante espectáculo de Vincent requerían por lo menos siete horas de trabajo muy poco glamuroso, entre la preparación anterior a la función y las tareas posteriores. Todas las noches.

Vincent corrigió con cuidado su postura en el suelo. El suelo de linóleo era increíblemente duro. Echó una mirada al sofá y se

arrepintió de no haberse acostado ahí. Pero ya era tarde. Solo podía quedarse quieto donde estaba.

En el Teatro Scala abundaban los números impares y, por lo tanto, incómodos para él. La altura del techo sobre el escenario era de cinco metros. Si hubieran sido seis, se habría sentido mucho mejor. Del techo colgaban diecisiete tubos a los que se podían fijar los focos y los elementos del atrezzo. Tampoco era un buen número. Sin embargo, cinco más diecisiete hacían veintidós, una cifra formada por dos dosis. Mejor. Además, dos más dos eran cuatro: el total de funciones que ofrecería en ese teatro durante la temporada.

Del perchero colgaba el traje que se había puesto para el espectáculo. Esta vez había elegido un tres piezas: pantalón, americana y chaleco. Después de todo, era la última función antes de Navidad. Tres piezas. ¡No! ¡Mierda! No lo había pensado. También por culpa del traje, había terminado la función empapado en sudor. Nada más llegar al camerino se había quedado en camiseta y calzoncillos. De ese modo, si alguien entraba de repente no lo tomaría por un muerto, como podía suceder si lo encontraba tumbado en el suelo con el traje puesto. Sonrió para sus adentros. Todos acabamos aprendiendo de nuestros errores.

Un repentino estrépito procedente del escenario lo sobresaltó. Debía de haberse roto algo. Los juramentos de Ola se oían desde el camerino, pero Vincent había aprendido mucho tiempo atrás que era mejor no enterarse de algunas cosas. Al comienzo de su carrera, había intentado ayudar en la preparación y desmontaje del espectáculo. Había oído críticas contra los artistas engreídos que nunca movían un dedo y solo se preocupaban por su actuación, y no quería ser uno de ellos. Pero enseñada se había dado cuenta de que no era más que un estorbo. Lo mejor para todos era que se mantuviera apartado hasta que terminaran.

Eso significaba que podía quedarse tumbado en el duro suelo por lo menos una hora más, hasta que estuvieran cargados los camiones. Se alegró de que así fuera, porque los dolores de cabeza habían vuelto con redoblada intensidad. Sobre la mesa, a su lado, había un vaso con los restos de un polvo efervescente. Aspirina Plus. Desde hacía un tiempo sobrevivía gracias a las medicinas contra la jaqueca, preferiblemente con cafeína. Se preguntó si debería tomar otra, pero pensó que no le serviría de nada. Se limitó a cerrar los ojos y suspirar, a la espera de que el dolor se le pasara. O de que al menos se le aliviara un poco. En las giras anteriores, solía sentirse agotado después de actuar y quizá un poco cansado mentalmente. Pero el dolor de cabeza era nuevo. Había comenzado a padecerlo tras las funciones hacía más o menos medio año, y en poco tiempo se había convertido en algo permanente. Podía ser más intenso o más ligero, pero siempre estaba presente. Tenaz. Inquietante. Ya ni siquiera recordaba cómo era vivir sin dolor de cabeza.

Se negaba a creer que fuera un signo de la edad. Al fin y al cabo, todavía le faltaban unos meses para cumplir cincuenta años. Y las funciones de ahora no eran más exigentes que las de antes. Por lo tanto, solo quedaban dos explicaciones. O bien tenía un tumor cerebral, o bien sus jaquecas eran psicósomáticas. Le costaba creer que se tratara de lo primero, ya que no notaba ningún otro síntoma. Sin embargo, si él mismo se estaba provocando el dolor de cabeza, ¿cuáles podían ser sus motivos? ¿Intentaba decirse algo a sí mismo?

Deseó, como tantas otras veces, que Mina estuviera a su lado, porque ella habría tenido una respuesta. Desde los sucesos del verano anterior con Nathalie y Nova, apenas se habían hablado unas pocas veces, en parte porque los dos habían estado muy ocupados —Vincent con la preparación de su nuevo espectáculo y Mina con otras investigaciones—, pero también

porque todavía les parecía poco apropiado encontrarse para algo que no fuera el trabajo policial. Cuando se veían, siempre le quedaba a Vincent la sensación de que el encuentro había sido demasiado breve. El dolor de cabeza era menos intenso cuando estaba con ella. Y la sombra que habitaba en su interior se replegaba sobre sí misma.

El equipo policial del que ella formaba parte había conseguido una vez más el voto de confianza de los superiores, por lo que Mina solía tener mucho trabajo. Y las pocas veces que podía desconectar, resultaba que Umberto, de ShowLife Productions, le había programado una gira cuyas fechas coincidían con una precisión casi sádica con los días libres de Mina. Era como si los jefes de ella y el agente de él se confabularan para impedir que se vieran.

También estaba lo otro: el misterio que tenía en su estudio y del que nunca se había atrevido a hablarle. Eso no facilitaba el encuentro, e incluso era posible que fuera la causa de sus dolores de cabeza. No lo había pensado, pero podía ser. Le había dedicado muchas horas de esfuerzo mental durante el otoño, sin hallar la solución. Solo sabía que más le valía tomarse en serio la amenaza que representaba.

La persona que le había enviado el primer mensaje seis meses atrás había demostrado ser muy paciente. Vincent no quería importunar a Mina con sus problemas. Tenía que resolver él solo el enigma.

Aun así, después de cada función tenía la esperanza de que ella estuviera allí, esperándolo entre bastidores, como aquella primera noche en Gävle. Pero no estaba nunca, claro. Ella tenía su vida y él la suya. Pese a todo, seguía pensando que se veían demasiado poco.

Por otra parte, desde el final del verano había podido pasar mucho más tiempo que antes con su familia. Había tenido que

llevar muletas a causa de la fractura en el pie, y eso le había impedido actuar durante unos meses, porque no podía salir sin ayuda a escena. En consecuencia, había tenido la oportunidad de quedarse en casa todas las noches y de estar presente durante el día, tal como su mujer Maria siempre había deseado. Al cabo de unos días, sin embargo, comenzó a hacerse evidente que en realidad Maria deseaba esa situación mucho menos de lo que ella misma pensaba. Incluso los niños habían empezado a mirarlo con recelo, como si se preguntaran las razones de que estuviera siempre en casa.

Y la sombra en su interior había vuelto a extenderse.

Por eso nadie se alegró tanto como su familia cuando inició una nueva gira. Desde entonces había estado trabajando a toda máquina, a menudo con dos funciones al día. El secreto estaba en mantenerse ocupado y no pensar en cosas que no tenía sentido remover.

Miró al techo. ¿Podía una persona quemarse las neuronas? ¿Usar el cerebro hasta el punto de hacerse daño? Muy poco probable. Aun así, se dijo que debería consultarlo, porque allí donde estaba, tumbado en el suelo del Teatro Scala de Karlstad, tenía la sensación de que eso era exactamente lo que le estaba pasando. Suspiró, cerró los ojos y añadió el dolor de cabeza a la larga lista de cosas que necesitaba analizar con Mina.

Akai caminaba con paso decidido por los andenes del metro. Había aprendido mucho tiempo atrás que cuando alguien tiene pinta de saber lo que está haciendo, nadie le hace preguntas. El chaleco amarillo reflectante también ayudaba. Para la gente cansada que cogía el metro a esas horas de la noche, el chaleco lo volvía paradójicamente invisible. Lo convertía en uno más de los que trabajaban allí. Nadie que valiera la pena mirar. En cierto modo era cierto que estaba trabajando, pero no de la manera que la gente podía suponer.

Al llegar al final del andén, apartó una pequeña valla, con cuidado para que la cámara de vigilancia no le captara la cara. Era solo un técnico de mantenimiento que se dirigía a hacer su trabajo, nada más. Pero se alegraba de que las cámaras no captaran el traqueteo de los botes de aerosol que llevaba en la bolsa.

Después de la valla había una escalera que bajaba del andén al túnel de las vías. No le gustaba recorrer los túneles, era demasiado peligroso. Los trenes nuevos eran mucho más silenciosos que los antiguos, lo que significaba un mayor riesgo de accidentes para los grafiteros que seguían bajando a las vías.

Por otra parte, su forma de expresión artística había evolucionado. Los grafitis le parecían cosa de aficionados. Él trabajaba con carteles y plantillas retro de los años noventa. Claro que nada era lo mismo desde que se había revelado la identidad de

Banksy, su dios particular. Pero Akai creía haber llevado su arte a un nivel más actual y elevado. Sus exposiciones en el casco antiguo de Estocolmo así lo confirmaban. Resultaba casi chocante lo que la gente estaba dispuesta a pagar por su obra, sin conocer siquiera su identidad. Akai era solo su nombre artístico. Al igual que Banksy, no pensaba revelar su verdadero nombre. Seguiría siendo un misterio para el mundo del arte.

Tras recorrer unos cuantos metros por el túnel, encendió la linterna frontal. Había suficiente espacio a los lados de las vías para que el personal pudiera desplazarse sin peligro. El cuarto de servicio estaba un poco más adelante. Allí solía pasar mucho tiempo la novia de un colega suyo, que formaba parte del personal técnico de MTR, la compañía del metro. Akai le había prometido a su amigo que le decoraría todo el cuarto de trabajo, como regalo de cumpleaños para su chica. Se llevaría una bonita sorpresa al día siguiente, cuando entrara a trabajar por la mañana y viera un bosque en lugar de las habituales paredes de hormigón. Los árboles y arbustos cubrirían todas las superficies y, entre los troncos y las ramas, aparecerían familias de duendes inspiradas en las ilustraciones de John Bauer. Quedaría genial.

Pasó por delante de una intervención anterior suya en las paredes del túnel. En el mural aparecían varios de sus conocidos, pero alguien había garabateado «Sussi estuvo aquí» en la cara de uno de sus amigos. Putos vándalos.

La grava crujía bajo sus pies. La puerta del cuarto de servicio se perfiló a cierta distancia a la luz de la linterna. Después de rodear un montón de grava, se detuvo. Había notado algo raro. Se giró una vez más hacia el montículo. Era tan alto que casi le llegaba a la entrepierna. No era raro que hubiera grava acumulada en los túneles. De hecho, había visto de todo allá abajo. Pero por varios puntos del montón sobresalían unas puntas blancas. Le recordaban a algo que había visto en una película,

pero no conseguía ubicar qué era exactamente. Apartó un poco de grava y enseguida dio un paso atrás, al comprender de qué se trataba.

Eran huesos.

Algún imbécil los habría dejado allí para hacer una broma pesada. Era la única explicación. Pero ¿de qué animal podían ser unos huesos tan grandes? Al tirar de uno de ellos para sacarlo, removi6 todo el mont6n de grava. La cima se derrumb6, dejando al descubierto varios huesos m6s. A la luz de la linterna frontal, una calavera le dirigi6 una sonrisa macabra.

Era un cr6neo humano.

Akai no habr6a sabido decir si lo primero que hizo fue gritar o correr, pero estaba seguro de haber hecho las dos cosas.